

UNA ROMERÍA Y UNA LOA

La procesión de los ataúdes

Santa Marta de Ribarteme es un pequeño núcleo constituido por una iglesia, rodeada por tres de sus lados por los nichos del cementerio, y unas pocas casas. Es una aldea que ni siquiera tiene la categoría de parroquia. Esta se encuentra en Santiago de Ribarteme, y la cabecera municipal, en Las Nieves. La ribera del Teme es una encantadora comarca, con valles repletos de viñedos (son célebres los vinos del Condado), y hacia las alturas, espesos bosques de pinos con el suelo tapizado de helechos; al Sur, el Miño, formando frontera con Portugal y albergando en este tramo las mejores y más exquisitas lampreas de Europa.

Es esta una región en la que las diferencias humanas y geográficas con Portugal son mínimas. Un mismo paisaje, unos mismos tipos, similares costumbres y hasta un mismo lenguaje; los propios portugueses denominan a sus compatriotas de la zona limítrofe «bimbos», por su modo de hablar, parecido al de los gallegos. Cuando se pregunta acerca de romerías famosas de la región, señalan como la más importante una que tiene lugar en Portugal. Para la población autóctona de ambas orillas del Miño, la división internacional no es más que uno de tantos aspectos administrativos que un poder político ajeno e inaccesible a su realidad social les ha impuesto. No hace aún muchos años asistían a la romería de Santa Marta tantos portugueses como españoles, y aún hoy se da la presencia inidentificable de bastantes. En la procesión aparece una especie de estandarte típicamente portugués. En estas tierras, uno no puede menos que recordar aquel chista de Castelao en que se ve un padre y un hijo, y este último, señalando las tierras fronterizas, le pregunta en gallego a su padre: «Padre, aquellos de allá, ¿son más extranjeros que los de Madrid?».

«Levántate y anda»

Galicia es tierra de procesiones, y prácticamente no existe un lugar en el que no se celebre alguna. Santa Marta de Ribarteme tiene la suya, y está considerada como una de las tres más importantes de la provincia de Pontevedra. Además, su fama ha traspasado las fronteras regionales y hasta nacionales, por haber sido objeto de atención en dos películas españolas y una italiana. La fama principal de la romería de Santa Marta, aunque ésta no sea su peculiaridad más destacable, es la de que entre los exvotos que se hacen a la Santa se encuentran ataúdes, y en su compañía se sale en procesión.

SANTA MARTA DE RIBARTEME Y LA ALBERCA, DOS EJEMPLOS DE CONDUCTA RELIGIOSA EN LA ESPAÑA TRADICIONAL ENMARCADA DENTRO DE LOS DOS POLOS DE TRISTEZA Y ALEGRÍA.

Santa Marta. Los penitentes con sus hábitos dan varias vueltas al recinto de la iglesia-cementerio.



Sin embargo, en este caso, la procesión de los ataúdes (que es algo secundario y circunstancial en el contexto de la romería) no está relacionada con la muerte, sino con la vida, aun cuando participe de una misma mística concepción del mundo y de las circunstancias que vida y muerte llevan emparejadas para los hombres.

El origen de esta romería parte del concepto que tienen los habitantes de la zona más que del poder milagroso de determinados santos o imágenes de ellos allí existentes (concepto este al que no son ajenos), de la obligación que se tiene de dar una contraprestación por el resultado favorable en cualquier proceso curativo.

En la Galicia rural todavía existe esa íntima simbiosis que en las religiones primitivas se da de magia, medicina y religión. El antropólogo Lisón menciona el hecho de que si bien existen algunas enfermedades cuya curación es privativa de la ciencia y de sus representantes, los médicos, hay otras de las que éstos no entienden y se tiene que recurrir a «andar otros caminos», cuyos itinerarios pasan por «cartuxeiros, sabias, espiritistas, bruxas y meigas, compostores, atadores, manciñeiros...».

La romería tiene lugar el día 29 de julio, festividad de Santa Marta. Esta santa fue hermana de Lázaro, el de «levántate y anda», y precisamente por su intercesión, Cristo realizó el milagro. La mentalidad mágica de esta cultura hace que se busque la mediación de santos para la obtención de favores, y sobre todo que, como hemos señalado antes, sean éstos quienes cobren la deuda originada por un cierto sentido fatalista que hace que se convierta en ventura todo resultado que no acabe en negativo. No lejos de Ribarteme existe otra romería y otro santo famoso, San Benito. Este santo es especialista en la curación de verrugas, y la compensación la recibe en huevos. Sin embargo, Santa Marta no tiene ninguna especialización en curación de determinadas enfermedades, ni humanas ni animales, como tampoco carece de exclusividad en la recepción de ofrendas.

La romería

Prácticamente todo comienza el día anterior de la festividad de Santa Marta. Los merenderos, la verbena, con sus norias y sus tiros al blanco; la música de un pequeño conjunto, y la iglesia, con las puertas abiertas y la imagen de la santa ya preparada. Pero la afluencia de gente ese día es bastante reducida.

Al día siguiente, la llegada de público es masiva. Desde aldeas cercanas, muchos atraviesan en grupos y a pie los montes, otros llegan en una buena cantidad de auto-



La Alberca. Las vaquillas sirven de contrapunto a un entresijo de mitos idílicos.

JUAN MAESTRE ALFONSO

buses fletados «ex profeso» para la romería. La llegada de coches crea problemas, como en el más urbanizado de los lugares. Hay un par de miles de personas, con predominio de gente con acentuado aspecto rural, aunque también destacan familias a la última moda, muchas de las cuales bajan de automóviles con matrícula turística española o de países americanos. No se oye hablar más que gallego. Los turistas o aquellos que asisten como si se tratara de un espectáculo, son prácticamente inexistentes.

Durante toda la mañana, en la iglesia se están diciendo Misas, y en todas ellas el templo queda completamente abarrotado. Pero la Misa es algo secundario, un elemento más del conjunto; sus asistentes son una minoría del total de personas que se encuentran dentro de la iglesia. Es Santa Marta quien recibe las atenciones. Un sacerdote clama que no hay sacrificio más importante que una Misa bien oída, pero a él parece no escucharle nadie. La mayoría de los fieles se encuentran empeñados en una masiva competición de ofrendas y penitencias a Santa Marta. La voz del oficiante es la única que suena en castellano.

En el exterior, la animación es enorme. Algunos permanecen silenciosos curioseando a los romeros que ofrecen sus penitencias. Pero la mayoría, incluso los que han acabado de hacer sus ofrendas o penitencias, se esparcen por el

campo circundante a la Iglesia y proceden a comer y a hablar animadamente. Los tenderetes se encuentran rebosantes de clientes. En grandes calderos de cobre se está cocinando ininterrumpidamente pulpo y en parrillas sobre brasas se asan sardinas. La modernización ha llegado a estos mismos sitios, y vemos cocinas de butano y cafeteras italianas. Vendedores ambulantes ofrecen frutos, las clásicas rosquillas y pan de centeno o de maíz, que pesan habilidosamente en balanzas romanas. De todos los vendedores merece atención especial la que vende velas y exvotos de cera. Hay cabezas, manos, brazos, piernas, corazones y vacas. Son fabricados por la familia de la vendedora. Una mano de cera cuesta 25 pesetas, otros miembros pueden subir hasta las cuarenta. Las vacas de cera se han agotado. Las velas, las más largas, cuestan diez duros. Siempre se puede hacer una rebaja de hasta cinco pesetas.

Ofrendas desde vacas de cera a ataúdes

La parte esencial de la romería son las ofrendas, que son de todo tipo, desde un exvoto de cera a un ataúd, pasando por penitencias corporales, dinero o un cordero. Ha

habido ocasiones en que han llegado a ofrecerse parejas de bueyes. Los exvotos de cera se ofrecen de acuerdo con la enfermedad: un corazón, si el mal aquejó a este órgano; una mano, si allí fue localizado el accidente o la dolencia...

En una economía agraria y de minifundio, como la gallega, los animales son muy importantes. Una estampa infinitas veces repetida en las carreteras gallegas es la de una persona, generalmente mujer, que lleva una vaca atada a una soga, a la que da de comer, de sol a sol, en la cuneta de los caminos. La cabaña ganadera gallega abarca casi la cuarta parte del total de cabezas de vacuno de España, y una buena parte son alimentadas de esta forma gracias al Ministerio de Obras Públicas. La vaca es un elemento esencial en la economía familiar gallega. Es célebre la frase que lanzó un hombre desde el barco en que partía para América a su desdén de aquel momento virtual viuda: «¡Cuida la vaca, María!». Y buena prueba de la importancia de las vacas se encuentra en el hecho de que muchos de los exvotos son vacas de cera.

Aparte de estas ofrendas puramente simbólicas, tenemos las que consisten en la entrega de pollos, cestas de huevos, corderos o cualquier otro tipo de ofrenda en especie. Una variante intermedia entre el exvoto simbólico y la ofrenda en especie está constituida por los ataúdes. Los entregan aquellas fa-

milia que han tenido algún miembro a la puerta de la muerte. Hace algunos años, la costumbre era de llegar de madrugada a las cercanías de la aldea, donde les esperaba la música, y con el ataúd en medio de parejas formadas por un hombre-una mujer y una mujer-un hombre, llevarlo hasta la iglesia, donde lo depositaban hasta el momento de la procesión, para volverlo a dejar allí cuando ésta finalizaba. En la actualidad, los ataúdes son vendidos por el párroco y ofrendados a la parroquia, con lo que se crea un círculo cerrado. Este año sólo había tres, dos de persona mayor y uno de niño.

Los ataúdes constituyen para aquel que observa las diferentes facetas de la manifestación religiosa que se desarrolla en Santa Marta de Ribarteme, su parte quizá más llamativa. Pero si nos atenemos a la esencia del acto en su conjunto, los ataúdes no son más que una particularidad. El aspecto más relevante es la actitud de oferentes que adoptan muchos romeros.

La acentuación de una economía dineraria tiene también su manifestación en la romería. Inicialmente, las ofrendas eran en especie, pero con el tiempo se han ido transformando en monetarias. En la última romería se han ofrecido una treintena de pollos, cuatro corderos, varias cestas de huevos y tres ataúdes. Sin embargo, el grueso de las ofertas estuvo constituido por verdes billetes de mil pesetas.

La imagen de Santa Marta es portadora de dos largas cintas, en las que los romeros van adhiriendo con alfileres los billetes de mil pesetas, entre los que se confunden algunos otros de divisas extranjeras. Al pie de la imagen, una urna y una bandeja rebosan de monedas y otros billetes menores, que son allí dejados por una auténtica multitud de campesinos que casi disputan dentro de la iglesia por dejar a la santa su ofrenda, haciendo caso omiso a la Misa que se está celebrando en esos mismos momentos.

Muchos de los oferentes se colocan un hábito especial que les es vendido por un sacristán, colocado al lado de Santa Marta. Consiste en una especie de túnica de tarlatana blanca, azul o rosa. Viene a representar a la mortaja.

Vemos también cómo hay algunos niños que llevan hábitos que podríamos calificar de «fantasía», dotados con lentejuelas y adornos. Indudablemente, para ellos constituye verse vestidos de esa manera más una diversión que una penitencia.

La ofrenda está rodeada de un determinado ceremonial. Lo general es que se formen grupos de familiares, o bien de vecinos, que con velas acompañan al oferente, vestido con su túnica o mortaja, a la par que marchan cantando una especie de motete con letra referente

a Santa Marta. Frecuentemente, varios de ellos marchan de rodillas, y de esta manera llegan al templo, entregan su ofrenda y proceden a dar varias vueltas por el recinto del cementerio.

Una procesión entre penitentes y «tio vivos»

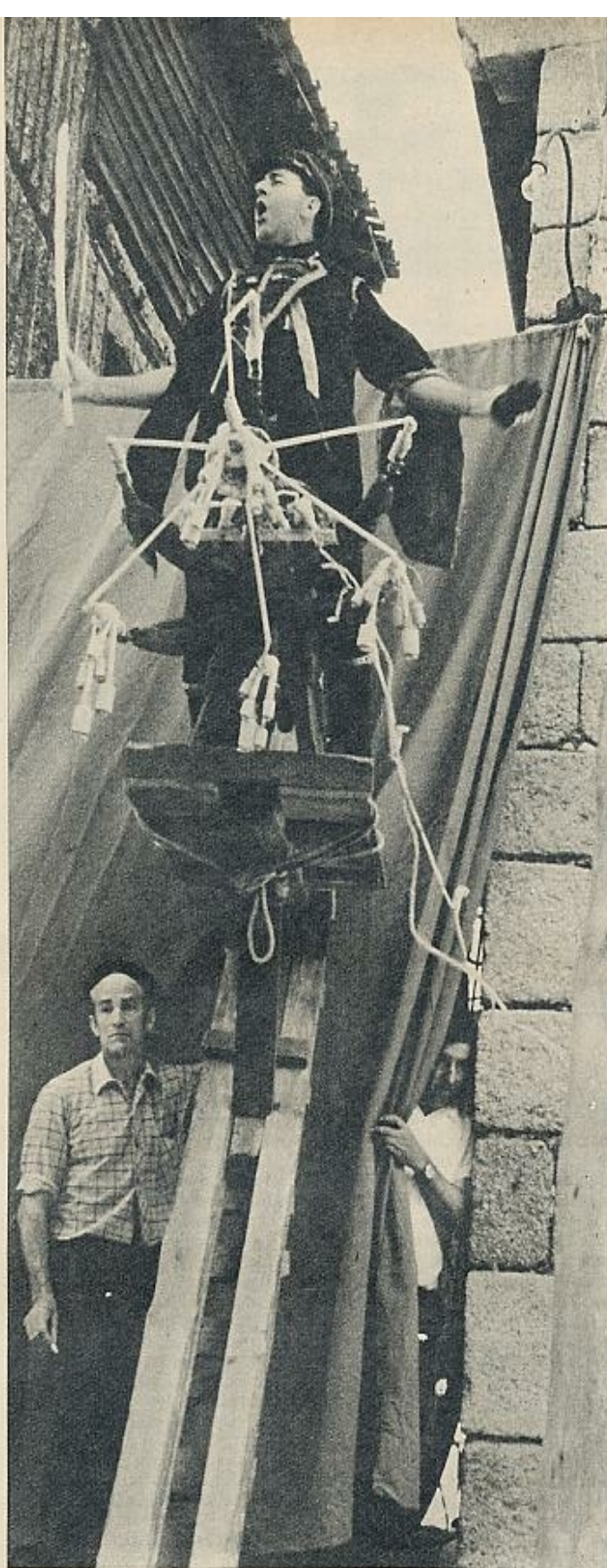
La ofrenda se realiza durante varias horas, en las que contrasta la animación y alegría reinantes en el exterior. Dos bandas de música, después de haber dado un corto desfile alrededor de la iglesia-cementerio (materialización simbólica del tradicional pasacalles), dan conciertos ante cientos de curiosos. El pulpo, las sardinas y el vino continúan, y los salmos de los penitentes se confunden con las estridencias procedentes de las casetas de feria. En el aire, potentes cohetes.

Pasado el mediodía tiene lugar la procesión. Esta es encabezada por una bandera blanca y azul; sigue una especie de triángulo con flores de papel, que es típicamente portugués; luego, la cruz alzada, la imagen de la Virgen y, por último, Santa Marta, engalanada con varios cientos de billetes de mil, joyas antiguas y un cinturón de monedas de plata. Intercalados y sin ningún orden, los romeros, con sus mortajas y sus cánticos; algunos, marchando aún de rodillas, lo que da a la procesión una gran lentitud.

El cortejo atraviesa el recinto de los quioscos y de los tiros al blanco. Unas personas miran expectantes la procesión, y a su lado, otras, indiferentes, se balancean en los columpios o comen bocadillos sentados por el suelo. Las ofrendas en metálico continúan, y un joven, con un gran sombrero de mexicano comprado en la feria, es el encargado de ir recogiendo el dinero, lo que hace no sin cierto cachondeo. Los grupos de penitentes siguen pasando con su estampa dramática, y el público se cuenta entre sí sus enfermedades y milagros. El ambiente es totalmente gallego, y sugiere al observador que todo este conjunto es algo similar al sonido de la gaita, del que uno no sabe si decir que es triste o alegre.

La búsqueda del equilibrio

Una vez concluida la procesión, el dominio de la alegría continuará hasta bien entrada la noche, turnándose las dos bandas de música para interpretar bailes modernos y aires tradicionales, con versiones musicales deliciosamente gallegas.



El diablo, desde la «serpiente», reta a las fuerzas del bien.

Por la tarde se procede a la subasta de las ofrendas en especie, con excepción de algunas, que han sido apartadas para el párroco. No hay mucha expectación por la subasta, y sólo se puja de acuerdo con el valor real de cada animal. No hay más interés que el de hacer una compra, no dándose aquí, como en otros lugares, la participación competitiva o con fines de obtener prestigio.

Hay un marcado contraste entre la cantidad y valor de las ofrendas, por un lado, y la situación económica de la gente, en la que no se aprecia la existencia de riqueza. Por supuesto que en muchos ambientes rurales se da frecuentemente la existencia de personas con aspecto que con los baremos urbanos serían calificadas como de pobres, pero que, por el contrario, se trata de personas con posicio-

nes económicas bastante desahogadas. Sin embargo, la situación socioeconómica de la comarca; sin que llegue a ser desesperada, está bastante lejos de la posición contraria. Considerable densidad: un terrateniente y media docena de medianos propietarios, y el resto, minifundista; algunos, inmersos en una economía de subsistencia. El aspecto rural de la población es considerablemente superior al que podemos encontrar en otras partes de España los días de fiesta. Sin embargo, y aun cuando el prestigio no es el motivo social principal que impulsa a hacer ofrendas cuantitativamente considerables, éstas son realizadas por muchos romeros, con un indudable y muy estimable esfuerzo.

En la romería de Santa Marta se reúnen varios cientos de miles de pesetas, y a esta cantidad hay que añadir otros ingresos procedentes de la subasta de las ofrendas en especie, del alquiler de los ataúdes, el pago de la instalación de los quioscos de meriendas y de las barracas de la feria y las limosnas que para Santa Marta pueden echarse en un buzón adosado a la puerta de la iglesia. El total debe de ser cuantioso, y a los paisanos del lugar no parece importarles mucho el destino que se da a esta cantidad. Una parte va destinada a pagar el culto y las fiestas (las bandas de música, los cohetes, etcétera). El resto queda a disposición del párroco, que determina su ulterior utilización.

Actualmente, la romería alcanza un esplendor desconocido desde la época en que las formalidades administrativas comenzaron a impedir la llegada masiva de portugueses.

La romería es, en esencia, popular cien por cien. El pueblo es el auténtico animador y actor de todo cuanto allí sucede. Ni autoridades ni notables juegan un papel positivo, ni ocupan lugar alguno en todo el ceremonial. Es sólo la figura del párroco la que desempeña un papel de cierto relieve, y no por medio de una relación directa con los romeros, sino mediante la utilización que éste hace de las recaudaciones. El dinero y las ofrendas se dan a Santa Marta, y para el ofrendante aquí acaba su obligación. El qué pasa con el dinero o los bienes ofrecidos no es computado al mismo nivel que los sacrificios que lleva consigo el portar una vela, andar de rodillas, ofrendar un pecho de cera o meterse en un ataúd cuando esto ha sucedido.

Pero la romería no sólo supone esa visión triste, dramática y hasta trágica, por cuanto significa el paso por un dolor anterior y el desprendimiento de unos bienes escasos y difícilmente conseguidos, sino que es también alegría socialmente compartida, jolgorio y, en cierta medida, esplendor. La romería se mide a través de la devoción

UNA ROMERIA ...

y mediante la animación. Y esta animación puede ser conseguida gracias al destino que se da a parte de los ingresos recaudados por la automortificación de algunos. A mayor dolor, mayor diversión.

En todo este proceso es el párroco, que ha parecido mantenerse en un nivel marginal en la catalización de la manifestación religiosa, quien puede lograr el equilibrio requerido. Se hace una ofrenda de ataúdes que se guardará el sacerdote y alquilará a los próximos romeros que quieran hacer esta ofrenda a Santa Marta. Luego, parte de este dinero se consume en pólvora o en compases.

Como ya dijimos anteriormente, es esta una de las tres romerías más importantes del Sur de Galicia y Norte de Portugal. Es una fiesta que a pesar de la emigración, el proceso de urbanización y la creciente secularización de las costumbres, y contrariamente a lo que sucede en otras manifestaciones populares españolas, va en aumento. El declive que supuso la no llegada masiva de portugueses ha sido superado con creces. Y para los habitantes de cualquiera de las localidades limítrofes a Ribarteme, este éxito se debe a la gestión correcta de la fiesta por parte del cura párroco. Otros párrocos anteriores llegan a ser considerados como «galteiros», profesión que ocupa un bajo «status» en la escala de prestigio de esta sociedad rural. En otras palabras, eran pobres y tenían que atenderse a sí mismos más que a la romería. Sin embargo, en la actualidad, las características del titular de la parroquia son favorables. Es un hombre que participa de los elementos del arquetipo gallego: origen rural, emigrante a América en un intervalo de su carrera eclesiástica, triunfante en los negocios y dispuesto a pagar la deuda que la comunidad exige a sus miembros que logran conseguir el triunfo, y persona que sabe compaginar dulzura y sagacidad. Por esta circunstancia, Santa Marta de Ribarteme ha visto una nueva iglesia, verá agrandar su cementerio y se ha construido una carretera que facilita la llegada de los romeros, que el día de Santa Marta bailarán al son de dos bandas y un conjunto, tomarán pulpo con ribeiro y ofrendarán vestidos con una mortaja, un ataúd o sus ahorros.

La Alberca : la «moza de ánimas» y la «Loa de Nuestra Señora»

Igual que se han conservado las viejas casas y su estructura particular, La Alberca ha ido mante-

niendo sus costumbres y tradiciones, con la diferencia de que para éstas no caben Decretos ni disposiciones administrativas que las perpetúen, y su declive está ya iniciado. En la actualidad, es más el peso de lo impuesto por la sociedad de consumo, que lo heredado, y las aportaciones externas están más radicadas que los «folkways», mores y valores legados por los miembros que participaron de un proceso de socialización procedente de otras circunstancias socio-históricas.

La vida tradicional ha sido tan compleja, variada y chocante como los vestidos regionales. Los hombres, ya de cierta edad, por supuesto, son quienes todavía conservan con cotidianeidad la vestimenta regional: calzón semicorto, chaleco con adornados botones y camisas (algunas de lino) que se cierran en el cuello mediante una

especie de grandes gemelos, a base de labradas bolas de oro o plata. Otros aditamentos y variedades son sólo usados para ceremonias especiales, como ocurre también con los vestidos femeninos, que tanta admiración han causado a folkloristas y pintores, principalmente el «traje de vistas» y sus características y múltiples joyas. Hoy, aparte de algunas muy definidas y marcadas circunstancias, estos trajes especiales femeninos se reducen a unas sayas y blusas peculiares que todavía conservan algunas mujeres. La vestimenta moderna se impone incluso sobre lo que si podemos calificar de vestido típico del campesino, no de una determinada región, sino de buena parte de España: el pantalón de pana con decorados remiendos y la boina, para el hombre, y los predominantes negros, para las mujeres. Funcionalidad y pobreza en

el vestir cotidiano, consecuencia de su condición social.

La vida tradicional era rígida y nómada en exceso. Los ritos de pasaje, ostentosamente marcados. El cortejo ha estado lleno de prescripciones. A la novia le está vedado, según los cánones tradicionales, pasar por delante de la casa de su novio y asistir a cualquiera de las celebraciones de la familia de su futuro marido. Para él quedan establecidos determinados regalos en fechas muy precisas y la realización de actos en los que simbólicamente va ganando posiciones de proximidad con su familia política, a la par que hace valer los derechos inherentes al varón, como cuando el Lunes de Pascua será quien parta el asado en casa de su novia con una navaja sin estrenar, que tendrá que dejar olvidada en un pan, previamente coloreado de amarillo a base de azafrán.

Las bodas, para las que se guardaban principalmente los magníficos vestidos y joyas (con rasgos que recuerdan los trajes nupciales de los hebreos de Marruecos), son posiblemente las más complicadas de toda la Península. Los roles de cada uno de los actuantes están fijados y bastante diferenciados, y están preceptuados hasta los itinerarios. A los consabidos padrinos hay que añadir aquí la institución del «mozo del pollo» y la «moza de la pica». El primero es el hermano soltero que sigue en edad al novio, y que durante la boda es portador de un arbolito con un pollo colgado. Será quien sirva a todas las mesas en el convite. La «moza de la pica» es la hermana soltera —o familiar— siguiente en edad a la novia, también portadora de un arbolillo, y que será quien abra el baile con la novia, encabece el acompañamiento y abra el nuevo hogar. Y para los invitados y asistentes, un conjunto de derechos y obligaciones, manifestación en este acto de la solidaridad y reciprocidad necesarias para el mantenimiento del orden social exigido para la subsistencia de la comunidad.

La religión, medio o fin

La vida tradicional de La Alberca ha estado profundamente sacralizada, y el componente religioso es de indudable influencia en la cultura local, no sólo en cuanto a costumbres, sino también en orden a los valores imperantes. José María Requejo computaba en 1963 sesenta monjas, treinta y cuatro sacerdotes y cincuenta y un seminaristas, todos ellos originarios de este pueblo, en el que, como dice este autor, «todos sus otros hijos andan a vueltas con Dios». Cofradías religiosas, con sus normas,

Las ofrendas van desde vacas de cora a ataúdes, pero las más importantes son las de «verdes» billetes.



UNA ROMERIA ...

sus votaciones secretas y hasta con su número asignado de campanadas para anunciar a qué congregación pertenece cada persona el día de su defunción. La comunidad posee, igualmente, un buen número de intermediarios religiosos, que desempeñan determinadas actividades que los cambios modernos van relegando a mujeres mayores, a las que ya no cabe posibilidad de relevo.

Existe una serie de instituciones relacionadas con la muerte. Dos calaveras ocupan un pequeño nicho en uno de los laterales de la iglesia, y entre ambas arde constantemente una vela, cuya alimentación y cuidado corre a cargo de la familia del último difunto. La «moza de ánimas» recuerda, con el triste quejido de su campana y su más lúgubre acompañamiento de viejas vestidas de negro, en cada anochecer, a las benditas ánimas del Purgatorio.

De la religión «stricto sensu» y de la ritualización religiosa de los momentos más esenciales de la vida en una sociedad del tipo de la que ha existido durante siglos en La Alberca, se puede pasar fácilmente a aspectos religiosos «lato sensu» o, simplemente, a la magia (entendiendo a la magia en el concepto que la consideraba Mallinowski, quien la diferenciaba de la religión por ser ésta un fin en sí mismo y aquélla un simple medio). Algunos de los adornos de los trajes regionales no son más que simples amuletos. La llegada de determinadas festividades significa la posibilidad de conseguir, a través de alguna intrascendente acción, la curación de enfermedades. Supersticiones y creencias médicas populares se han mezclado en extraña simbiosis, a la que se han agregado elementos litúrgicos.

El «Ofertorio» y «la Loa»

De todas las manifestaciones religiosas de La Alberca, «la Loa» es una que, además de ser de las más importantes, tiene la particularidad de la participación en ella, bien activa o pasiva, de toda la población, a la par que se produce en unas circunstancias en las que pueden ser constatados los procesos de cambio y la presencia de elementos totalmente profanos.

La excesiva normativa que rige la vida tradicional en La Alberca, la constante presencia religiosa en todos los ritos de pasaje, con la

carga de obligación que su sanción reporta, la «moza de ánimas», las calaveras del osario, las obligaciones de los deudos, la creencia en brujas, los viejos emblemas de la Inquisición en algunas casas, y hasta su plaza, con su cruz y su cárcel pública, que parecen esperar el auto de fe, nos mueven a pensar en nuevas manifestaciones dramáticas de los fenómenos religiosos. Sin embargo, «la Loa» es todo lo contrario: es absolutamente festiva, o al menos lo es su exteriorización.

«La Loa» tiene lugar durante la celebración de las fiestas patronales. Como acontecimiento de este tipo, «la Loa» es precedida el día anterior por el «Ofertorio». Este acto viene a consistir en una serie de ceremonias celebradas en la plaza durante un alto de la procesión que tiene lugar el día de la Virgen de Agosto. Allí, entre mayordomos, mayordomas y autoridades, muchos trajes típicos y buen número de mirones, «ofecen» las autoridades, por orden jerárquico, los mayordomos de cada cofradía en parejas del entrante y del saliente, las mayordomas, y después las demás personas que quieran hacerlo. Luego viene la danza y el ramo, con pasos muy parecidos a los de otras partes de Castilla. Con el «Ofertorio» se rinde pleitesía a la Patrona y se hace manifestación de fe y devoción, pero, en realidad, el acto es, para la mayoría, un espectáculo y un motivo de ostentación y lucimiento públicos. También la institución sirve para tratar de vincular a los miembros de la comunidad que se encuentran dispersos en la emigración y para fortalecer unos rasgos culturales que se desmoronan con la nueva dinámica social.

Al día siguiente, o sea, el 16 de agosto, tiene lugar «la Loa». Consiste ésta en una especie de auto sacramental, en el que se representa, de modo muy popular, la lucha del bien y del mal mediante la intervención de un diablo y de un arcángel. Para materializar esta declarada pugna, se introducen algunos personajes representativos del lugar, que intercalan unos parlamentos que hacen descender la trama de «la Loa» de las alturas teológicas a la cotidianidad de la vida rural. El principal personaje es el «diablo». Su aparición se rodea de un espectáculo que constituye el plato fuerte del acto. Sale montado en la «serpiente», que no es tal serpiente, sino más bien una especie de dragón o monstruo de tosca talla primitiva, de extraña forma y bien marcados falos y testículos.

En un extremo del escenario (el clásico tablado) hay una especie de tabla inclinada, en cuya parte superior se coloca la «serpiente», y sentado en ella el «diablo», con un atuendo que recuerda más a los alguacillitos de las plazas de toros que a una figura de ultratumba.

**«Lleven rayos y centellas,
tiemble el mundo a mi valor.
Vomita ya, vil serpiente,
la ira de mi corazón,
viva el Infierno y que muera
María de la Asunción».**

... dice el «diablo» después que se ha deslizado montado en la serpiente. Acto seguido prende fuego a un conjunto de fuegos artificiales que lleva adosado la «serpiente-dragón» o el «dragón-serpiente» en su cabeza.

Los personajes de «la Loa» son el «gracioso», los dos «galanes» y, por último, el «ángel». El «gracioso» es quien lleva más el peso de la representación y a quien le toca saludar a las autoridades y criticar ciertas modificaciones en las costumbres. Va vestido a la usanza de los pastores, con un gran zurrón, y armado de una descomunal porra. Luego aparecerán los dos «galanes», con quienes entabla un diálogo que tiene bastante que ver con la vida de la comunidad, sus inquietudes y sus valores, pero que no viene mucho a cuento con la parte puramente religiosa. El «ángel» será el que restablezca el «statu quo»:

**«Vete, maldito de Dios,
a tus profundas cavernas,
que mientras Dios sea Dios
tú sólo existes en la penumbra».**

Las siete virtudes vencen a los siete pecados capitales, y el «diablo» reconoce su derrota marchándose al Infierno por un agujero del telón.

«La Loa» es totalmente popular, no sólo por quienes representan los papeles del parlamento (miembros de la comunidad escogidos entre personas de prestigio), sino por el modo en que el público la sigue. Año tras año, el texto es el mismo, sólo modificado por alguna «morciella» o alguna corrección o adecuación de algún celoso párroco; sin embargo, la expectación de los asistentes es enorme, y asienten en voz alta o aplauden, ríen o gritan con auténtica pasión por lo que allí pasa.

Un aspecto muy interesante es la manifestación de etnocentrismo que se trasluce en «la Loa». Cuando al principio el «gracioso» hace sus críticas y amonestaciones a las chicas del pueblo por las nuevas

modas, nos dirá «que ahora, en estos tiempos, hasta en Las Hurdes se hallan...», con toda la carga despectiva que para la gente de La Alberca han tenido históricamente Las Hurdes, región que para ellos une al significado de pobreza conocido en el resto de España la rivalidad fronteriza y el dominio económico que sobre los hurdanos ejerció la gente de La Alberca. Más adelante vuelve a aparecer este sentimiento de superioridad cuando al encontrarse los «galanes» al «gracioso», le preguntan quién es y de dónde viene, a lo que él contesta (previa meditación en voz alta, demostrativa de la clásica desconfianza que al responder tienen las gentes de campo, con motivos justificados: «Soy de mitad de Galicia»). Contestan prestos los «galanes»: «Luego sois gallego». Lo que rápidamente corta el «gracioso» con un: «Eso no, ¡que huele mal!». Exteriorización del tratamiento despectivo de los castellanos hacia los gallegos, que ya aparece en el juramento de Santa Gadea, y tantas veces repetido, que motivó el amargo verso de Rosalía de Castro:

**«Permita Dios, castellanos,
castellanos que aborreo,
qu'antes os gallegos morran
quir a pedir vos sustento».**

«La Loa» es continuada por una representación teatral, a cargo también de actores de la comunidad, algunos de ellos de bastante calidad, y, en su conjunto, superiores a los de Televisión Española. La función varía de un año a otro, y al «verano de "El Lute"» le ha tocado una de ambiente andaluz con bandido generoso. Vemos a los bandidos con sus trabucos, la alambicada marquesa, su querida adoptada (pero con funciones de criada), un marqués y un capitán, caracterizados del modo más parecido posible al Rey y la Sota de Espadas, y un médico, que, por su carácter científico, pertenece a otro mundo: al moderno, por lo que es el único personaje con atuendo contemporáneo. Todos ellos nos ofrecen un buen muestrario de los valores de la clase media decimonónica, valores que son traducidos a su versión popular actual mediante los vitores y aplausos con que se premian determinadas actuaciones. El bandido Caparrotta y su resplandeciente «machismo» se ganarán los aplausos y admiración de todo el público, incluidos guardias civiles, y un final feliz, con bodas, regalos de fincas e indultos, colma las esperanzas del «respetable».

«La Loa» y Caparrotta están al mismo nivel, aunque inicialmente



El capitán representa en Caparrotta la generosidad del orden público.

una tuviera un fin religioso y la representación teatral otro exclusivamente profano. Son dos espectáculos, y como también ocurría en el «Ofertorio de Nuestra Señora» del día anterior, motivos de lucimiento. En la actualidad, además, se va incrementando su carácter de manifestación cara al exterior. En realidad, su valor religioso es casi nulo, debido a su gran secularización. Acontece en un marco de fiesta y alegría, que es el que orienta todas las celebraciones.

El conjunto de «Ofertorio» y «Loa» se completa con las vaquillas, que, a nivel local y comarcal, gozan de más expectación y adeptos que estas dos manifestaciones religiosas. «A las cinco, con el permiso de la autoridad, y si el tiempo lo permite, serán lidiados, banderilleados y muertos a estoque dos escogidos novillos de la ganadería de los señores Hermanos Martín del Hierro, por un afamado puntillero, con su correspondiente cuadrilla», reza un cartel, que no es más que una parte de la conspiración, en la que participa todo el pueblo, para hacer parecer una corrida de toros lo que no es más que otro acto más a apuntar en el índice de la España brava.

En la bella plaza, cerrada en sus extremos, con tabloncillos colgados de los balcones, a modo de columpios, para servir de asientos, con un sinfín de escaleras de mano adosadas a columnas y salientes, espera una multitud el encierro y la lidia. No se ven cuadrillas, sino sólo unos «maletillas» con carnet, para cubrir el expediente de las exigencias gubernativas. Tampoco hay estoques, pero sí muchas porras, tarugos y bastones especialmente preparados para el novillo, al que también espera un agujero en una de las columnas de la plaza para introducir una cuerda, que se

atará al toro, y de un extremo de la cual tirarán mil voluntarios para poder dar muerte al animal de dos cuernos.

El desbordamiento de una agresividad que se manifiesta en las vaquillas como cuando se plantan, para San Juan, los quince metros del «mayo» —una versión de la cacaña— y se disfruta con los peligros y apuros ajenos. «El «mayo» tiene que ser gordo al empuce, para que no se pueda uno agarrar, y fino al final, para que se tambalee. El chopo es bueno, porque se parte». Una sociedad como la de La Alberca, tan excesivamente normada, con tanta sacralización de sus costumbres, tiene forzosamente que institucionalizar procesos compensatorios del exceso constituido por unos comportamientos culturales. Instituciones con fondo inicial religioso, como el «Ofertorio» o «la Loa», lo pierden o lo transforman. Y, a su vez, la agresividad es el medio de compensar las frustraciones, producto de los rígidos cauces en los que ha discurrido la vida tradicional. Comedias frente al osario, un diablo y un bandido generoso, la «moza de ánimas» y la diversión del «mayo», cofradías y crueles estacazos a un novillo. Son aspectos que, aunque aparentemente distintos, están íntimamente interrelacionados y proceden de una misma fuente cultural.

...

Las manifestaciones religiosas en España son múltiples y variadas. En unas ocasiones toman un barniz triste y dramático, en tanto que en otras su rasgo exterior más notable es la alegría. En Verges (Gerona) se celebra la Semana Santa con la «Danza de los esqueletos», en tanto que en Andorra y en Calanda (Teruel), para estas mismas fechas tiene lugar un atronador tamborileo. Los empalados de Valverde de la Vera (Cáceres) necesitan de un médico que controle antes de comenzar su penitencia, y en San Vicente de la Sonsierra se flagela durante la procesión, en tanto que en Cuenca o en Andalucía nos encontramos con auténticas juergas en el seno de unas mismas procesiones en las que se da también el fervor religioso. Una procesión de ataúdes que finaliza con un buen ribeiro y música de gaita y una representación de la lucha del bien y del mal en términos jocosos y en el cuadro de unas jornadas en que lo profano predomina, pero que corresponden a una sociedad en la que se recuerda diariamente a los difuntos. ■ J. M. A.

Acariciar cabellos tratados con Champú Geniol:

La irresistible tentación



Para cada tipo de cabello hay un Champú Geniol Tratante.

Para cabellos grasos, normales o secos y tratamiento anti-caspa.

Champú Geniol Tratante deja los cabellos tan suaves, hermosos y perfumados que acariciarlos es...

¡LA IRRESISTIBLE TENTACION!

champú
Geniol
tratante

«con la fragancia de los tilos orientales»



HENRY-COLOMER